

Reflexiones teóricas sobre Identidad Juvenil.

Lic. Dalgis López Santos.

Centro de Estudios Sobre la Juventud.

La identidad se ha convertido en un tema trascendental para las sociedades contemporáneas. El desarrollo de las ciencias sociales ha puesto en evidencia que, sentirse parte de una colectividad, autorreconocerse y ser reconocido dentro de determinados contextos, es una necesidad básica del ser humano. Por lo que, más allá de los intentos de globalización mundial, que de alguna manera propicia el cuestionamiento sobre las particularidades que distinguen a los pueblos, las clásicas preguntas: ¿quiénes somos?, ¿de donde venimos? y ¿hacia donde vamos? subsisten de forma permanente en los individuos y grupos sociales.

En el caso de Cuba, sobre todo a partir de la década del 90, los cambios acontecidos en los estilos de vida, las nuevas diferenciaciones sociales, la llegada de códigos, creencias, símbolos antes invisibilizados o desconocidos por el pueblo, el encuentro con nuevas identificaciones culturales y de todo tipo, los llamados conflictos de valores, el entramado de significaciones que genera la emigración cubana, entre otros dilemas actuales, nos invitan a dilucidar con mayor urgencia, como procesos de construcción social, a la identidad colectiva y personal y a las subidentidades aprehendidas a través de la práctica cotidiana.

La instrucción de conocimientos, los hábitos, costumbres, cualidades, las relaciones interpersonales, los vínculos productivos, culturales, las normas de conducta, las concepciones estéticas y del mundo en general, que se forman a través de la familia, la escuela, la comunidad, los grupos informales, centros laborales y medios de comunicación masiva, son elementos que ejercen gran influencia en la construcción social de las características identitarias.

Ahora bien, esas características no son iguales para todos los grupos humanos que conviven en un mismo medio social; sino que tienen sus matices a partir de ejes tradicionales como el sexo, la edad, la región, el color de la piel, etcétera y otros menos conservadores como: la identificación sexual, la forma de vestir, la música o ritmo preferido, la expresión verbal, entre otros.

Si bien el estudio de la identidad del cubano en su sentido más amplio revierte un valor teórico, metodológico, político y social considerable, significar el proceso de conformación de estas microidentidades o subidentidades tiene una importancia incalculable, pues estas son recreadas y resemantizadas como elementos constituyentes o dimensiones que podrían provocar la reestructuración de la identidad colectiva mayor.

Desde el punto de vista generacional resulta vital el estudio de las características identitarias de los jóvenes como grupo etéreo, pues estos pueden constituirse como agentes de cambio de una realidad condicionada por la historia y las herencias del pasado, modificando e imponiendo nuevas formas de identificación que pudieran ser en beneficio de los valores y principios que ha defendido y defiende la sociedad en que se vive, o en detrimento de los mismos.

La historia ha demostrado, en nuestro país y en otros muchos países, que la generación joven es portadora del cambio y el progreso de las sociedades, que en sí misma contiene la mezcla de lo tradicional y lo innovador y abre las puertas hacia las transformaciones graduales de valores sociales, éticos, morales, de costumbres y creencias, culturas, posicionamientos de género y revoluciones políticas.

Bajo las premisas hasta aquí expuestas, presento un conjunto de reflexiones teóricas que constituyen mi primer acercamiento al tema de la identidad juvenil, con el objetivo de llevar a cabo un proyecto de investigación del Centro de Estudios Sobre la Juventud. El desarrollo del mismo, abre la vereda necesaria para transitar por un tema, cuya complejidad reaparece en cada giro y se convierte en un desafío para los especialistas de las ciencias sociales.

Antes de referirme a la identidad juvenil considero necesario hacer una mirada a la identidad, como fenómeno más general, que se ha intentado definir de muchas maneras. Sin pretender exponer las diferentes conceptualizaciones que se han realizado de la categoría, consideramos importante, al menos referirnos al concepto que nos brinda la destacada especialista, Carolina de la Torre Molina, quien a nuestro juicio se convierte en referencia obligada para quienes incursionan

en este tema. La misma plantea que “cuando se habla de la identidad de un sujeto individual o colectivo, hacemos referencia a procesos que nos permiten asumir que ese sujeto, en determinado momento y contexto es y tiene conciencia de ser él mismo, y que esa conciencia de sí se expresa (con mayor o menor elaboración o awareness) en su capacidad para diferenciarse de otros, identificarse con determinadas categorías, desarrollar sentimientos de pertenencia, mirarse reflexivamente y establecer narrativamente su continuidad a través de transformaciones y cambios.”¹

También pudiéramos estar hablando de la manera en que otros autores definen a la identidad, tal es el caso de Enrique Ubieta, Ángela Casaña, Manuel Cruz, Maritza García, entre otros investigadores, cubanos o no, que se han dedicado a estos asuntos. Sin embargo, existe determinado nivel de generalidad en los conceptos, en tanto se coincide con que la identidad, es un proceso que permite conocernos a nosotros mismos y comprender que, en determinados contextos, somos iguales a algunos y diferentes a otros, lo cual significa que tenemos elementos que nos asemejan y al mismo tiempo nos diferencian de otros significativos.

Analizando todas las concepciones sobre este particular, parece ser que la característica universal de la identidad viene siendo la posibilidad implícita de unir y separar y que las singularidades que proporcionan esa semejanza o diferencia no son absolutas, ni por su contenido ni por las circunstancias en que se facilitan, mucho menos si se trata de la interpretación que cada persona realiza.

Por otro lado, todas las definiciones concuerdan, en que el proceso tiene un carácter sociopsicológico, de continuidad y ruptura, de conservación y cambio. En todo caso, la identidad tiene que ver no solo con contenido, sino también con contornos y límites, establecidos por la influencia de factores tradicionales y procesos comunicativos. Es un fenómeno construido socialmente, que nunca acaba, sino que se enriquece y se transforma a partir de la inserción de las personas en grupos y espacios, formales o no. De ahí que los límites no son

¹ De la Torre, Carolina: Las identidades. Una mirada desde la Psicología. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello. La Habana, 2001. Pág 82

siempre estables y objetivos, justamente porque son contruidos socialmente tienen una importante carga subjetiva, emergen de la confrontación cotidiana con el medio y con uno mismo.

El papel activo del individuo en el proceso de conformación de la identidad, también es un elemento presente en casi todas las concepciones sobre el tema. La coincidencia estriba en la imposibilidad de la identidad sin la actividad humana, no solo por la condición de “ser social” sino también porque es en la dinámica de la interrelación con otras personas o grupos sociales, donde podemos identificarnos con unos, diferenciarnos con otros y al mismo tiempo ser conscientes de ello.

No pudiera hablarse de construcción, transformación y actividad, si no existe una elaboración consciente. El ser humano tiene la capacidad de repensarse, problematizar su origen, el lugar que ocupa en la sociedad y su herencia ineluctable. En esa medida podrá reflexionar sobre su propia identidad. Esta reflexión consciente, o en todo caso, la conciencia de sí mismo, no tiene que ver con saber a ciencia cierta, cómo somos y cómo los demás nos perciben. Bien pudiera ser que se esté equivocado o que sencillamente los demás no estén de acuerdo. Lo mismo en la subjetividad que en el discurso, puede existir sesgos de carácter cultural, político, racial o de otra índole que nos conduzca a identificarnos de una manera determinada, equívoca o no, pero consciente.

En todo este proceso, la presencia de alteridad u otredad es vital para el establecimiento de los límites identitarios. La construcción consciente de la identidad cobra sentido al colocarse frente a un “otro”, que desde dentro o desde fuera, se convierte en resorte de identidad, emergiendo como fuerte elemento diferenciador o como rival. Por otro lado, la alteridad también puede ser objeto de exclusión social, sobre todo cuando no se reconoce la diversidad y heterogeneidad de identidades, de manera que, por ejemplo, grupos de discapacitados, enfermos mentales, marginados o personas cuyo comportamiento rompa con los patrones o normas socialmente establecidas, pueden vivenciar malestar, solo por ser diferentes.

Finalmente, para la construcción de una identidad personal o colectiva, social en esencia, es necesario que los miembros de ese grupo compartan elementos comunes y seleccionen aquellos que los caracterizan de forma evidente y real; deben apropiarse mentalmente de esas y otras características, subjetivizarlas y hacerlas únicas; tienen que descubrir su espacio de pertenencia y representar dicha pertenencia a través de una o varias categorías y por último, conformar un discurso que visualice su identidad y al mismo tiempo la consolide y reestructure.

A partir de estos referentes y llegado este punto, podemos abordar a la identidad juvenil como proceso intersubjetivo de conformación de límites no estáticos, que se construyen en los ámbitos de interacción social sin abandonar las identificaciones tradicionales como por ejemplo: ser cubanos, desde las cuales, a su vez se conforman los imaginarios colectivos sobre la juventud. Es decir, las identificaciones juveniles pasan por el prisma de las autopercepciones, creaciones o imaginaciones tanto de los propios jóvenes, como de la sociedad en su conjunto.

En los últimos tiempos, la categoría juventud ha sido tratada desde diversas aristas. Se aprecia un avance en la conceptualización de la juventud como construcción sociocultural e histórica, más allá de reducirla a un período de transición en el que se suscitan determinados cambios a nivel psicológico, biológico y social.

Para muchos especialistas ha quedado claro el papel transformador de la juventud, como punto de emergencia de una cultura que puede romper tanto con el saber y la memoria de sus abuelos como con los patrones de comportamiento de sus padres. De esta forma, se señala la urgencia de comprender a los jóvenes desde el contexto que los rodea y condiciona que existan como grupo. De tal forma, que se puedan elaborar muy diversas definiciones de juventud, según las épocas, culturas de todo tipo, niveles económicos, procesos sociales, espacios territoriales (urbanos o rurales), entornos políticos, etcétera.

No obstante, para la comprensión de la identidad juvenil es necesario esbozar aquellas características generales de los jóvenes que matizan la conformación de su sentido de pertenencia como generación.

Desde el punto de vista sociopsicológico, el arribo a la juventud, entraña una sucesión constante de cambios que adquieren significaciones importantes para los implicados, los cuales comienzan a debatirse en asuntos relacionados con su historia pasada, con su presente y protagonismo en la construcción de ese presente y con un futuro que tal vez, nunca antes habían cuestionado. Las relaciones sociales se tornan más amplias, diversas y extensas, por lo que influyen casi de manera determinante en comportamientos y actitudes, así como en la selección de sus pertenencias. Unido a esto, desde el punto de vista intelectual, su pensamiento es más abstracto, lógico y teórico, lo que les posibilita la adquisición de una autovaloración, autodeterminación y autoeducación más consciente, todo lo cual redundando en la construcción de su identidad.

Por otro lado, los jóvenes no solo alcanzan un mayor cuestionamiento sobre el mundo sino también sobre los grupos que conforman su sociedad. La selección e incorporación a estos grupos es más activa y consciente y sus pertenencias dejan de asumirse como naturales y eternas, razón por la cual, es muy común encontrarse muchachas y muchachos, que formando parte de determinados grupos hoy, mañana ya no se identifican con los mismos y modifican rápidamente sus comportamientos, formas de vestir, actuar y expresarse en el medio social. De esta forma, participan en la redefinición de los espacios sociales y conforman nuevos ámbitos de pertenencias que siendo suyos, se diferencian de los establecidos por la sociedad, por lo que las identificaciones juveniles constituyen formas variadas de expresión, recreación e incluso, resistencia a las identidades culturales más ancestrales.

“Uno de los rasgos más característicos de la Juventud es justamente, su constante tendencia al redescubrimiento de su forma de ser, existir, pensar y relacionarse con los demás. Ser joven es enfrentarse al redescubrimiento del cuerpo, de la sexualidad, de sus potencialidades e insuficiencias. Es uno de los momentos más propicios para experimentar y buscar ser creativos, a riesgo de

enfrentar los marcos convencionales o caer en la simulación de atributos y capacidades”.²

Los adolescentes y jóvenes propiamente dichos se descubren como personas en la búsqueda del sentido de su existencia individual. Claro está que este proceso de autorreconocimiento comienza mucho antes, cuando el niño o niña logra una conciencia de mismidad –autoconciencia– y un sentido de continuidad subjetiva que le permite reconocerse como la misma persona a lo largo de su vida. Sin embargo, el desarrollo infantil transcurre en un estado, en el que aún se carecen de determinados recursos personológicos para pensar, crear, consolidar, argumentar y modificar los sentidos y significados que se reciben constantemente y que sustentan su imagen de sí. Estos recursos se adquieren con el desarrollo, al enfrentarse a las responsabilidades de una vida, que se aleja cada vez más del juego y se acerca a la independencia, a las posibilidades profesionales y laborales, a la inserción en espacios sociales antes negados, a las nuevas relaciones interpersonales y en definitiva, a las características de la existencia adulta.

La posición intermedia, en la que no se es niño(a) y tampoco se es adulto(a) es vivenciada constantemente por el joven, constituyendo uno de sus motivos de conflictos y al mismo tiempo, funcionando como eje de semejanza y diferencia. Sin embargo, los jóvenes perciben a los infantes simplemente como “otros” que ya no son, con los que pueden seguir intercambiando. Mientras que, en relación con los adultos, estos pueden llegar a constituirse en objetos-sujetos de exclusión, no solo porque es, la adultez, de quién se está más cerca y las diferencias son menos, sino también porque es cotidiano que algunos adultos(as) (padres, madres, familiares, profesores, etc.) tengan una imagen de los jóvenes que muchas veces es antagónica y negativa, actúen en contra de sus aspiraciones e impongan sus propias identidades, impidiéndoles el despliegue total de sus convicciones y capacidades.

² Krauskopf, Dina: “Las consecuencias de riesgo en la fase juvenil”. En: Mexico-Quebec. Nuevas miradas sobre los jóvenes. No. 13. Instituto Mexicano de la Juventud, Secretaría de Educación Pública, Office Québec- Ameriques pour la jeunesse, Observatoire jeunes et Societe. 2003. Pág. 113.

La otredad o alteridad adulta se define para los jóvenes desde campos de interacción en los que ellos participan, en espacios de concertación, discusión o conflictos atravesados por relaciones de poder. Por ejemplo, en el caso de los padres "...la identidad del joven vive una fuerte contradicción entre la demanda de ideales de identidad que sólo se pueden ejercer "abandonando física o psicológicamente" a los padres, y la necesidad de consenso afectivo y normativo entre padres e hijos al convivir en un mismo espacio. De ahí que los padres y las relaciones con los mismos sea fuente de identidad a la vez que de sometimiento a la supraidentidad del contexto familiar: sometimiento o aplazamiento del despliegue del ideal de identidad serán sus dos principales consecuencias"³.

Estas, están relacionadas por una parte, con la imposibilidad del joven de salir del seno familiar y estar obligado a permanecer en el hogar de sus padres, debido a la carencia económica que no le permite, a la altura de su edad, contar con vivienda propia y por otra parte, con la amalgama de dependencias subjetivas en la relación padres e hijos, que limita el total desprendimiento de ambos polos. Estas son situaciones que están presentes en nuestro país y en muchas otras sociedades, fundamentalmente en las familias de clases medias y bajas.

Por otro lado, también se puede apreciar en el imaginario colectivo cierta mistificación de lo juvenil. Si bien es cierto que a los jóvenes se les censura por formar parte de los problemas sociales más deplorables (drogadicción, prostitución, delincuencia, etc.) y otras actitudes negativas, también existen creencias en torno a que la juventud es la etapa perfecta de la vida, en la que se puede exhibir una imagen física ideal y disfrutar la existencia con desenfado, por lo que muchos adultos buscan mostrar una apariencia juvenil.

Las identidades juveniles son representadas, es decir, responden a imágenes que desde lo externo se configuran con respecto a la juventud, y que a su vez son asumidas por los propios jóvenes y desplegadas en sus comportamientos. En este sentido resulta vital, al hablar de identidad juvenil, tener presente no solo la identidad de los jóvenes consigo mismos como individuos –cómo estos se

³Centro Interamericano de Investigación y Documentación sobre Formación Profesional (Cinterfor/OIT): Los discursos de Identidad. Material de Internet: [www: webmaster@cinterfor.org.uy](http://www.webmaster@cinterfor.org.uy)

autoperciben y autocategorizan dentro de la colectividad—; sino también, su identidad con la categoría juventud, a partir de las características que los adultos y la población en general han legitimado y naturalizado para estas edades. No es posible hablar de identidad juvenil sin tener en cuenta el mundo adulto, ni se puede concebir a la identidad de los jóvenes como si fuese una realidad homogénea y uniforme.

Los jóvenes no viven en un vacío social, sus identificaciones son relacionales y cambiantes, se construyen en la interacción social y por lo tanto se mantienen condicionadas por la historia personal, las situaciones concretas que se presentan, la etapa biopsicosocial que están viviendo, sus pertenencias, el control social de las instituciones (familia, escuela, trabajo), las atribuciones de género, los roles asignados, el modelo o sistema político, social y económico del país en que vive, etcétera.

Los jóvenes cubanos no están al margen de estos y otros condicionamientos. El proceso de construcción de la identidad juvenil de los cubanos, atraviesa hoy, por problemas ya mencionados como: las nuevas estratificaciones sociales, los conflictos de valores, la introducción de símbolos, valores morales, códigos culturales y comunicacionales. Así como, por la apertura al capital extranjero, la conjugación de nuevas formas de identificarse con determinados grupos, el predominio de la ética del “tener”, por encima del “ser”, el enfrentamiento entre las novedosas oportunidades de estudio y trabajo que brindan los actuales Programas de la Revolución y las tendencias de algunos jóvenes a la inmediatez, para satisfacer sus necesidades materiales, en detrimento de la preparación y superación intelectual. Todo lo cual genera inevitablemente, reflexiones críticas hacia lo externo y como es lógico, hacia lo interno, hacia nuestra realidad nacional.

Es importante tener presente que el joven del que hablamos hoy, no es aquel que se formó en medio de la lucha por la independencia de la nación y que vivenció el triunfo y las primeras transformaciones de la Revolución; momentos claves, que junto a otros, sintetizan los orígenes de nuestra sociedad actual. Es justamente aquel que nació con la profundización o surgimiento de estos problemas y para los cuales, el conocimiento relativo a la formación de nuestra

nacionalidad y el sistema político y social de Cuba, son solo las memorias, de las memorias de sus abuelos, por lo que esos recuerdos constantemente se entremezclan con las experiencias actuales de una sociedad en proceso de construcción, que defendiendo sus principios, se enfrenta a una “invasión” de imágenes, representaciones y significados transmitidos por un mundo consumista y neoliberal.

Entre la juventud cubana coexisten diversos modelos de identidad, con los cuales se conforman sentidos de pertenencias que se expresan en los discursos y comportamientos juveniles. Muchas veces es necesario encontrar los referentes culturales e identitarios para poder comprenderlos y reconocerlos como el resultado de un proceso de acumulación cultural del cual todos formamos parte. Sin embargo, es preciso el estudio de las formas específicas de apropiación de esas identidades por la juventud, para encauzar la participación creativa y consciente en la construcción y consolidación del sentido social de la nación.